

# LA REVELACION.

REVISTA ESPIRITISTA.



AÑO VI.

SALE UNA VEZ AL MES.

Num. 6.

## ADVERTENCIA.

Rogamos á los señores suscritores de fuera de la capital, se sirvan remitir el importe de la suscripcion, si no quieren sufrir retraso en el recibo del periódico.

ALICANTE 20 DE JUNIO DE 1877.

## EL ESPIRITISMO.

El espiritismo es sin duda alguna la escuela filosófica que más engrandece al hombre, porque le da á su alma completa libertad para elegir camino, sin hacer á nadie responsable de sus actos: siendo el espíritu juez de sí mismo, y víctima de sus propios desaciertos.

«Cuando se leen las obras sagradas, es cuando se nota la gran diferencia que existe del sectismo religioso, al racionalismo filosófico; y causa un verdadero asombro, ver el envilecimiento á que ha estado reducida la humanidad, por tantos y tantos siglos.

«El maquiavelismo empleado por los padres de la iglesia, dió un maravilloso resultado, el *quietismo* se apoderó de los espíritus, y estos, no rechazaron ni el vicio ni el crimen; porque en la inercia absoluta estaba concentrado el culto absurdo que le rendian á Dios.

La *Guia Espiritual* de Molinos que apareció en Roma en 1675, empujeó al hom-

bre de tal manera, que lo convierte en débil instrumento del materialismo más grosero.

Triste época fué la del *quietismo*, en que los hombres por sí mismos se paralizaron, inutilizándose por completo, inmolando su voluntad, su yo, su personalidad, en aras de un Dios inadmisible para la razón.

Tiempo fatal en que la mujer escribía cartas tan humillantes como la que escribió Madame Guyon á Bossuet, que terminaba así:

«Decis, Monseñor, que no hay mas que un reducido número de personas que experimenten esta dificultad de obrar; yo os aseguro que son muchas.... Cuando me habeis hablado de pedir y desear, me he sentido como un parálitico á quien se obliga á andar, *porque tiene piernas*; cuantos esfuerzos hace para ello, no sirven sino para demostrarle, cada vez más, su impotencia.

Dicese normalmente: *Todo hombre que tiene piernas debe andar*. Es cierto, lo sé; sin embargo, yo las tengo, y siento perfectamente que no me puedo servir de ellas.»

¡Qué anonadamiento tan miserable!

¡El alma!... ¡El alma! ¡cosmopolita de todos los tiempos! dueña de sí misma, libre en su eterno albedrío, abdicar sus legítimos derechos! ¿en quién? En hombres que escribían libros para embrutecer á la mujer ó para enloquecerla con teorías extravagantes, fuera de los límites del sentido común.

Parece increíble que los hombres y las mujeres se hayan rebajado hasta tal punto: y si bien la *Guia* de Molinos, doce años des-

RR-860

pues de su aparición, la inquisición de Roma la condenó y retuvo prisionero á su autor, la perniciosa semilla que el buen padre sembró, dió sus frutos, y perfectamente sazonados; porque es muy acomodaticio el método del aletargamiento.

Dicen que los espiritistas tenemos pacto con el diablo: si tal personalidad existiera, este debió inspirar á Molinos para escribir su *Guía*, que tiene párrafos admirables, dignos de transcribirse, veamos algunos de ellos:

«Obrar, esto es propio de un novicio; padecer, esto ya es aprovecharse; morir es la perfección...—No leamos nada, no pensemos en nada absolutamente. Un maestro *práctico*, nos dirá mucho mejor que todos los libros lo que es menester hacer *de momento*. Grande é incomparable ventaja es la de tener un guía experimentado que nos gobierna y nos enseña, según sus luces *presentes*, y nos impida ser engañados por el demonio ó por nuestros sentidos.

»No es menester, si peca, que se inquiete por su pecado. Atormentarse por ello, sería dar una prueba de que conserva todavía un germen de orgullo... Es el diablo que, con objeto de detenernos en nuestra senda espiritual, nos induce á ocuparnos de nuestras culpas. ¿No sería estúpido que aquel que corre se detuviera, después de haber caído, á llorar como un niño, en vez de proseguir su carrera? Estas caídas producen en nosotros el excelente efecto de preservarnos del orgullo; que es la mayor de todas. Dios convierte en virtudes nuestros vicios, y estos, por los cuales creía el diablo arrojarnos al abismo, *se truecan en escalera para subir al cielo*.».

En las declaraciones de Molinos, hay varias proposiciones que merecen capítulo aparte; pero no podemos menos que ceder á la tentación de copiar un pequeño fragmento:

«Dios, para humillarnos, permite que á ciertas almas perfectas (en su estado lúcido) el diablo les haga cometer ciertos actos carnales. . . . . contra su voluntad. En este caso, como en otros muchos, que sin esto, serian verdaderamente culpables, no existe pecado, pues-

to que no ha habido consentimiento... Puedo suceder que estos violentos movimientos que inducen á cometer actos carnales, tengan lugar en dos personas; un hombre y una mujer, en el mismo instante.»

No podíamos nunca creer que un alma perfecta, en estado lúcido, se entregara completamente al sensualismo.

¡Qué modo de confundir! ¡qué manera de desvirtuar las nobles aspiraciones del alma!

La Biblia dice: mira y compara y serás consolado.

Nosotros decimos: lee y compara y serás convencido.

Léanse las obras de Allan-Kardec, compárense con las de Desmarests, Molinos, Fénélon, Bossuet; este último especialmente; *quietista* por excelencia: se contentaba con esperar, dejando que el alma fuera perdiendo poco á poco cuanto constituye su personalidad, para convertirse simplemente en cosa.

Un espiritista no sería nunca capaz de decir lo que dijo María Alalogue, cuando levantó en Francia el primer altar al sagrado corazón de Jesús, asegurando que los devotos del divino símbolo eran salvados sin condiciones, y que no era de una absoluta necesidad amar á Dios, bastaba con *no odiarlo*.

¡Blasfemia inaudita! perdonable únicamente, porque la profería la ignorancia!

¡Qué cúmulo de anomalías!

¡Qué espantosa mistificación!

¿Por qué habrá perdido tanto tiempo la humanidad?

¡Oh filosofía Kardecista cuánto más conforme éstas con la razón! tú dices:

«La moral de los Espíritus superiores, se resume, como la de Cristo, en esta máxima evangélica: Hacer con los otros, lo que quisiéramos que á nosotros se nos hiciera, es decir, hacer bien y no mal. En este principio encuentra el hombre la regla universal de conducta para sus más insignificantes acciones.

Nos enseñan que el egoísmo, el orgullo, y el sensualismo, son pasiones que nos aproximan á la naturaleza animal, ligándonos á la materia; que el hombre que, desde este

mundo, se desprende de la materia, despreciando las humanas futilidades y practicando el amor al prójimo, se aproxima á la naturaleza espiritual; que cada uno de nosotros debe ser útil con arreglo á las facultades y á los medios que Dios, para probarle ha puesto á su disposicion; que el Fuerte y Poderoso deben dar apoyo y proteccion al Débil; porque el que abusa de su fuerza y poderio para oprimir á su semejante, viola la ley de Dios. Nos enseñan, en fin, que en el mundo de los espíritus, donde nada puede ocultarse, el hipócrita será descubierto y patentizadas todas sus torpezas, que la presencia inevitable y perenne de aquellos con quienes nos hemos portado mal, es uno de los castigos que nos están reservados, y que al estado de inferioridad y de superioridad de los Espíritus, son inherentes penas y recompensas desconocidas en la tierra.»

«Pero nos enseñan tambien, que no hay faltas irremisibles y que no puedan ser borradas por la expiacion. El medio de conseguirlo lo encuentra el hombre en las diferentes existencias que le permiten avanzar, segun sus deseos y esfuerzos, en el camino del progreso y hacia la perfeccion que es su objeto final.»

«Tal es el resumen de la doctrina espirita dada por los espíritus superiores.»

Y termina Allan-Kardec la introduccion de su filosofia, diciendo: «Concluyamos con una consideracion final. Los astrónomos, al sondear los espacios, han encontrado en el reparto de los cuerpos celestes, claros injustificados y en desacuerdo con las leyes del conjunto, y han supuesto que esos claros estaban ocupados por globos inapreciables á sus miradas. Han observado, por otra parte, ciertos efectos cuya causa les era desconocida, y se han dicho: ahí debe haber un mundo; porque ese vacio no puede existir, y esos efectos deben tener una causa. Juzgando entonces la causa por el efecto, han podido calcular los elementos, viniendo despues los hechos á justificar sus previsiones. Apliquemos este raciocinio á otro orden de ideas. Si se observa la serie de los seres, se encuentra que forman una cadena sin solucion de con-

tinuidad, desde la materia bruta hasta el hombre más inteligente. Pero entre el hombre y Dios, que es el alfa y omega de todas las cosas; cuán grande es el vacio! ¿Es razonable creer que en aquel cesan los eslabones de la cadena? ¿Que salve sin transicion la distancia que le separa del infinito? La razon nos dice que entre el hombre y Dios debe haber otros grados, como dijo á los astrónomos que entre los mundos conocidos debia haber mundos desconocidos.

¿Qué filosofia ha llenado este vacio? El Espiritismo nos lo presenta ocupado por los seres de todos los grados del mundo invisible, seres que no son mas que los espíritus de los hombres que han llegado á los distintos grados, que conducen á la perfeccion, y de este modo, todo se encadena desde el alfa hasta el omega. Vosotros los que negais la existencia de los espíritus, llenad, pues, el vacio ocupado por ellos, y vosotros los que de los Espíritus os reis, atreveos á reiros de las obras de Dios y de su omnipotencia.

La semilla sembrada por Allan-Kardec nos ha hecho recoger una abundante cosecha. Hombres libres, de buena voluntad, han trabajado en su propio mejoramiento, y han obtenido comunicaciones dignas de ser estudiadas muy detenidamente.

Hé aqui una de ellas publicada en la *Ilustracion Espirita* de Méjico en el mes de Abril del año actual. ¡Cuán buena es! Dice así:

«El tiempo ha marchado! ¡Los años han trascorrido y han formado siglos!»

«Años de tan dura esclavitud, horas tan duras de lágrimas y de tormentos habeis pasado, pero habeis sido el rocío fecundo que hace germinar el progreso! Habeis engendrado el pensamiento, habeis traído esa libertad de conciencia, en cuyo advenimiento han trabajado tantas almas valientes.»

«Hijos, aprovechad con paz y con fruto de los tesoros tan penosamente reunidos por vuestros predecesores en el campo del libre pensamiento.»

«La vieja Iglesia Romana ha dejado caer esa corona que hacia de ella la soberana del Universo; su aureola se desvanece, su pres-

tigio se pierda desde que el catolicismo ha querido sustituir al cristianismo, pero así como el señor enfrena las invasiones del Océano, el espíritu de verdad ha levantado la voz y le ha dicho: *¡Tú no irás más lejos!*

«Basta de abusos, basta de tormentos infligidos en nombre del Dios de amor y de misericordia; basta de guerras emprendidas en nombre de un Dios de paz, basta de dominación a nombre del que nació humilde y pobre; basta de opresión diciendo a los desgraciados: mi yugo es suave, mi carga es ligera. Basta; el padre quiere hijos y no esclavos, quiere que las almas vengán a él libremente. Basta; tiempo es ya de que llegue a la tierra el reinado de la justicia, de la verdad y del progreso.»

«Nosotros buscamos para propagar la verdadera doctrina, apóstoles fervorosos que quieran acumular tesoros para la vida eterna; pero no os horroriceis, nosotros buscaremos corazones llenos del fuego del amor universal, abiertos para todos, que acogerán a todos a ejemplo de nuestro Padre Dios. Mas no fanáticos obsesores, que se atreven a decir, enseñando a nombre del Creador: *Fuera de nosotros no hay salvación.*

«Nosotros queremos espíritus verdaderamente desnuados de las preocupaciones vulgares, de las supersticiones que extinguen la luz y ahogan el progreso. Queremos libres pensadores. Sí, libres pensadores en su más bella y más alta significación. Buscamos y encontramos hombres prontos a consagrarse a la felicidad de sus hermanos, hombres cuya abnegación sabrá ir hasta el sacrificio; hombres bastante grandes para no tropezar con el orgullo y caer por él. Hombres ardientes, celosos; pero no intolerantes, prontos a arrojar la maldición y el anatema contra todos los que no participan de sus creencias. Almas bastante avanzadas para comprendernos y para compadecer como nosotros todas las debilidades, para perdonar como nosotros todos los errores, todas las faltas. Espíritus capaces de ayudarnos a la regeneración del género humano.»

«Rogamos a Dios nuestro Padre que los bendiga, y nosotros les traeremos el escudo

que defiende de toda herida: *La paz del corazón. Armas para defenderse: La bondad, la indulgencia y la tolerancia.*»

«Y estos hombres irán liberando las almas incarnadas, curando las heridas, calmando los sufrimientos. Ellos irán preparando una generación de hombres libres que tendrán por religión a Dios, por freno su conciencia, por ley la caridad, por objeto la perfección. La maldición, los furiosos, los odios, no los alcanzarán; porque ellos vendrán a estrellarse contra un invencible obstáculo: nuestra potencia! Nosotros los marcaremos con el sello del Eterno, y serán invulnerables. Estos serán calumniados quizá, pero Cristo lo ha sido antes que ellos, y a Él será a quien tomarán por modelo, y su sublime doctrina vuelta a su primitiva pureza, e iluminada con la luz de la verdad, será la que propagarán por la tierra. Así, pues, vengo repitiendo al advenimiento del Espiritismo, lo que fué dicho en la cuna del cristianismo. Gloria a Dios en los cielos y paz sobre la tierra a los hombres de buena voluntad!»

«Espíritas, ved lo que se espera de vosotros. Cuando seáis calumniados y puestos en ridículo, levantad los ojos a la patria y pensad que en la morada eterna los más dichosos son aquellos que han sufrido más por la santa causa de que sois vosotros apóstoles. ¡Valor, pues, y continuad la tarea!

MELANCHTON:

(*Rayonnements*).

«¿Qué diremos nosotros después de tan sublimes palabras? Todo es pálido; únicamente aconsejamos a los detractores del Espiritismo que lean y comparen.

Que estudien y juzguen.

Sin ensañamiento, sin prevención, y nos atrevemos a asegurar que no habrá un solo hombre, ni uno solo, de medianos conocimientos siquiera, que no encuentre en las teorías espiritistas, argumentos más sólidos y razones más convincentes que le demuestran la justicia de Dios, y le hagan comprender que la filosofía Kardeista es la mejor que se ha publicado en nuestros días; porque no

detiene el vuelo de los adelantos humanos; no personaliza á Dios, no lo empuñe con cultos ridículos. Cree que Dios es el alma del Universo; pero no le hace tomar parte en nuestras pequeñas miserias provocadas casi siempre por nuestros desaciertos.

Creemos, y con nosotros lo creen también muchos hombres pensadores, que la filosofía de Allan-Kardee es el libro de los libros.

¿Hay nada más justo, que á cada uno según sus obras?

¿Hay nada más grande para el hombre, que deberse á sí propio su progreso?

Rey del mundo llaman al hombre. ¡Pobre monarca ha sido hasta ahora!

Será el soberano de los planetas, cuando guarden perfecto equilibrio su sabiduría y su piedad.

El Espiritismo realizará un día esa misión suprema de la ciencia y del amor.

El Espiritismo es la base del progreso universal.

*Analia Domingo y Soler.*

### LA LEY DE IGUALDAD.

Quando consideramos las sangrientas luchas ocurridas, las amargas lágrimas derramadas por el triunfo de esa ley consoladora; los dolores crueles en fin; y los calvarios por la humanidad sufridos, en busca de la nobilísima aspiración condensada en aquella, no puede menos de llenarse de tristeza nuestra alma y hemos menester acudir á la elevada consideración que en casos tales se ofrece—la de ver dirigida la humanidad por caminos misteriosos, guiada por la mano potente del Supremo Espíritu—para calmar el legítimo dolor que de nosotros se apodera.

Así también, apenado el corazón desfallece al considerar ciega la humanidad, renegando unas veces de su más preciado don, olvidando otras en un loco delirio lo que hiere diariamente sus ojos, ó alfanándose en buscar por extraviadas sendas menguada colonia, á lo que natural y elevada la tiene:

triste condición la del hombre y así mismo; providencial disposición del Ser que en su omnipotencia rige los destinos de los mundos todos, que se haya de lograr aquel á costa de dolores infinitos—tanto mayores, cuanto más elevado es el objeto que persigue—las aspiraciones más preciadas de su corazón!

Y la verdad es, que la divina ley de la igualdad, de tal modo aparece todos los días, evidenciándose á nuestros ojos, que se concibe pueda el hombre, por interesadas razones, aparentemente olvidarla, más nunca de buena fé desconocerla.

¿Queréis la más elocuente prueba material de ello, si vuestra alma ha llegado por desgracia al triste extremo de necesitar para crear, verse impresionada por los sentidos?

Pues acudid con nosotros al sitio donde en aparente y acaso aún irritante desigualdad, yacen los despojos materiales de los que antes que nosotros aquí fueron. Interrogad á la muerte, ese episodio misterioso y grande que termina el paso azaroso del hombre por nuestro mundo, y ante el silencio imponente de eso que se llama un cadáver, ante el contraste elocuentísimo y terrible de la soberbia humana vestida todavía allí de aparatoso ropaje y muda no obstante é impotente al lado de la noble humildad, y en ceniza cual ella convertida, no podéis menos, siquiera tengáis el corazón de roca, de sentir palpitante con violencia y elevarse vuestro pensamiento, y caer sobre vuestras mejillas una lágrima. Ese pensamiento y esa lágrima; esa agitación del alma, ofrenda dulce, espontánea y como tal elevada del ser humano, son el himno más elocuente, el reconocimiento más y de más valia, de esa ley consoladora y elevadísima, que igualdad se llama.

¡Ah! la muerte inexorable, ley de equidad terrible, esa innerte que humilla al soberbio, que fué el azote de sus hermanos; al vil más cruel acaso que trató de encadenar sus conciencias; valiéndose de miserables medios, la muerte, manantial perenne de zozobra para el indigno, y consoladora esperanza del humilde, es, no hay que dudarlo, la más evidente prueba de esa ley divina.

Por ello también compadecer sinceramente debemos, cuantos con noble esfuerzo procuramos seguir las huellas—en cuanto compatible sea con nuestra debilidad—de la redentora doctrina por Jesús predicada, antes que en su palabra, en su ejemplo, á todos aquellos de nuestros hermanos, cuya loca soberbia ó miserable corazón les ha hecho olvidar, que eran asimismo sus hermanos también los que aparentemente dominaron; por que todos, sin escepcion sufrirán en un plazo no lejano—y sin perjuicio acaso de la anticipada expiación que aquí abajo existe—la terrible que más allá del sepulcro les espera, para cuantos hicieron su camino en el mundo, siendo el azote de los suyos.

Y si la muerte no pregonara con tan terrible elocuencia la ley de igualdad, la historia, en sus páginas de oro—que de oro son siempre en el sentido de su enseñanza—nos diría corroborándonos en la certeza de aquella idea, que los grandes hechos, las elevadas virtudes, los nobles adelantos, pueden ser personificados y llevados á cabo hasta en sus últimas consecuencias, lo mismo por el humilde que por el poderoso, por el que sintió mecer su cuna lejos del maternal apoyo y vivir acaso sin el fecundante alimento de una instrucción esmerada, ó vegetó largo tiempo en viciada atmósfera, que por el que nació y vivió rodeado de contrarios elementos; que nuestra hermosa mitad ha llegado en el terreno del sentimiento á donde el hombre tal vez no llegó nunca, y en el de la razón y aún de la fuerza, donde tal vez hacía imposible creer su debilidad; que ese mismo impostor puede llegar á ceñir la tiora; un criminal á ejecutar la acción más digna, y una mujer prostituida elevarse por el fecundante soplo del amor maternal ó de una pasión ideal, al nivel, en el terreno en que hablamos, de la más noble criatura, y hé aquí—dicho sea incidentalmente—la razón también de esa hermosa ley de la caridad, compendio admirable de todas las leyes que rigen el mundo moral.

Ahora bien: la desigualdad, no obstante,

imperará (en la apariencia al menos) en nuestro mundo; la vemos á todas horas ataviada con el deslumbrador ropaje de la variedad elevada; otras descargando sobre sus hermanos el peso brutal de la dominación en sus mil clases; muchas veces más en el triste ejemplo de la virtud perseguida, cuando no humillada. Abundancia aquí, miseria horrible allá: por un lado alegrías sin fin, dolores interminables por otro; desigualdad aparente de condiciones de aptitudes y hasta de sexos, lo mismo en la esfera moral que en la material.

Fijémonos no obstante con cuidadoso esmero y veremos que son solo engañosas apariencias las que nuestra vista ofenden é impresionan nuestra alma; que son á la vez realización admirable de los providenciales designios del Supremo Espíritu; del Creador universal.

Cada una de esas aparentes desigualdades no es, después de todo, sino realización admirable de los designios divinos, por cuanto reunidas aquellas en la vida social, dan margen á la práctica de mil sentimientos diversos; á la lucha de mil pasiones distintas, cuyo desenlace es la palma ó la vergüenza para los seres que en ellas figuran. Cada una de esas irritantes desigualdades, (que tales son para quien apasionadamente las considera), es un calvario elegido por ellos mismos al venir á este mundo de expiación y de dolores, y un medio por tanto de depuración. Cada una de ellas, en fin, oculta bajo el aparente velo de una desigualdad monstruosa, la prueba más preciada de la divina ley de la igualdad. Aquí el que sucumbe bajo el acero asesino, que desprevenido le hiere; allá el que nada en la opulencia ó vive embriagado en su estúpida vanidad; ambos olvidados de los dolores de sus semejantes, más allá la virtud despreciada, recibiendo por expiación providencial, ya el castigo horrible de ese Talion que no necesita para humanizarse medios irracionales, ya el no menos doloroso el de aquel que ligero aceptó una prueba superior á sus fuerzas y sucumbe agobiado á su esfuerzo; siempre, en fin, evidenciándose en el fondo y en más



ó en ménos la ley de igualdad; siempre acompañando aquella, cual la sancion penal al delito: siempre, para quien ciego no sea, demostrándose elocuentemente la dominacion aqui de esa armónica igualdad, lo mismo en el mundo del espíritu que en el de la materia.

¿Y cómo sin ella concebir la idea de la divina justicia? Suprimid la ley de la igualdad y vereis desvanecerse ante los ojos, inundando el alma de tristeza, la idea de Dios cual se desvanece la luz en el crepúsculo.

Refiriéndose á otro género de consideraciones, la ausencia ó mejor dicho, relativo amortiguamiento en ciertas clases de determinados nobles sentimientos, la agitacion incesante ó el afan dominador que acompaña á ciertas posiciones elevadas, cual la presencia en otras distintas de contrarios elementos, son compensaciones admirablemente divinas, que patentizan esa ley de la igualdad y ponen al nivel del poderoso que disfruta todos los materiales goces, sin darse razon de aquellos, el labrador sencillo que en su estrechez relativa, vé deslizarse tranquilamente sus dias, sin más aspiracion que recoger las espigas de oro que han de ser el alimento de sus hijos; así como la dulce paz de la mediania modesta es compensacion admirable de la intranquilidad incesante que al poderoso domina, y aún en el orden físico, la salud inapreciable y la alegría natural lo son en aquel que no vive esclavo de sus pasiones, ó en las almas puras, que resistan inmutables los dolores morales que en la vida nos acosan, y las enfermedades y el hastio, cuando no la desesperacion y la muerte, lo son asimismo del vicioso y del descreído.

Por lo demás—ya lo hemos dicho—es ley que la historia acredita como cierta, y evidencia el racional criterio como providencial; que la humanidad conquista con su propio esfuerzo el conocimiento de las verdades más sublimes, y por otra parte, la divina ley de que nos ocupamos, dicho sea en honra de ella, marcha á pasos acelerados

y es ya mas bien cual otras egoístamente olvidada, que en rigor desconocida.

La esclavitud, ese padrón de ignominia para la historia de los pasados siglos—negacion la más cruel del consolador principio de la igualdad—ha desaparecido casi por completo, y no está lejano el dia en que desaparezca en un todo; la igualdad de la mujer dentro de las condiciones propias de su especial mision, igualdad iniciada por Jesús en su divina predicacion, vémosla ya pujante y acatada, y llegará el dia, cual llega todo lo que es digno, en que no aparezca como hoy; aún la vemos desconocida en algunos detalles, y el hombre entonces recogerá de su cariñosa compañera, en el noble reconocimiento de ésta, graduado á su elevacion, el más bello fruto de su proceder, si prescindiendo de egoistas preocupaciones dá el último paso en ese sentido. La desigualdad de aptitudes como la de posicion y riquezas serán paliadas en cuanto cabe, pues sabido es que la doctrina que defendemos de armonia con la razon y el sentimiento, siempre concibe el absurdo de pretender llegar á una igualdad absoluta en ese terreno, cual concibe la utopia noble—pero al fin utopia—de sostener en el terreno moral (aceptada nuestro vida aqui bajo cual espiacion merecida y elegida por nosotros) aquella absoluta igualdad que vendria á ser entonces por la fuerza de las cosas inequitativa y contraproducente. La igualdad, en fin, del amor y la caridad, suavizando cada dia más todas las asperezas, llevando el racional consuelo á los dolores todos, animando el corazon de los que están abajo, con la consoladora y bella esperanza, y moviendo el de los que arriba están con la noble y divina práctica de la virtud, aproximando en fin, las clases y los poderes, uniendo en una las voluntades honradas en cuanto cabe, será ¡tenemos este dulce consuelo! un hecho consumado, y en ese dia feliz, cual ninguno para la humanidad saldrá tambien en lo material aquella ley divina de los límites relativamente mezquinos en que todavía vive por desgracia.

D. F.

sin embargo, ~~pero~~ ~~que~~ ~~no~~ ~~se~~ ~~debe~~ ~~dejar~~ ~~de~~ ~~hacer~~ ~~esto~~ ~~que~~ ~~es~~ ~~la~~ ~~obra~~ ~~de~~ ~~la~~ ~~Revelación~~.  
 Sr. Director de LA REVELACION.

—Hermano en creencias: Siguiendo nuestra tarea de observación espirita, que así puede llamarse la profunda atención que prestamos a todo lo que se entrelaza con nuestro ideal filosófico, vamos a decirle las impresiones que hemos recibido en una sesión espiritista.

—Vaya cumplido un año que asistimos semanalmente a una reunión de Kardeistas, compuesta en su mayor parte de honrados payes y de pobres obreros: nunca falta alguno que otro curioso de clase más elevada, que se contenta con venir de vez en cuando a *gustar el rato* escuchando un buen consejo.

También suelen venir espiriteros a ver si se puede hacer alguna comedia, pero al ver que el director del círculo no da paso a ninguna falsificación, se aburren y no vuelven.

Los espiritistas *dualistas*, tienen por temporadas; porque se fastidian si no encuentran novedades; recordamos a uno que nos decía:

—Amalia: ¿no se cansa V. de oír siempre lo mismo? Nos dicen los espíritus que seamos buenos, caritativos, humildes, y eso todo el mundo lo puede ser, sin necesidad que nos lo digan. Yo quisiera que los espíritus nos hablaran científicamente, que nos describieran las maravillas de otros mundos que nos dieran cuenta de algo grande y extraordinario; pero esta monotonía, de decir hoy lo mismo que ayer, y mañana repetir lo de hoy, ¡bah! ¡bah! no quiero perder el tiempo en sesiones.

—Nunca se pierde el tiempo, amigo mío; le decíamos nosotros. Si V. tiene la fortuna de partir su pan con el menesteroso, si V. se continúa ante el dolor ajeno, no todos los hombres hacen lo mismo (desgraciadamente,) y se necesita una predicación continua para que las criaturas hagan algo bueno en su vida; es necesario despertar el sentimiento del amor y de la caridad, para que la generalidad se de cuenta del dolor del prójimo y sepa sentir.

—Usted dirá lo que quiera; pero creo que

las sesiones no son necesarias para el engrandecimiento del Espiritismo: aun más, se me figura que pueden destruirlo.

—Al Espiritismo nada ni nadie lo puede derribar; no por esto crea V. que yo apruebo que los espiriteros tengan reuniones, y que hagan comedias los médiums y los espíritus, no; y si me fuera posible no les daría ocasión de reunirse a esos que se empuñen y se ridiculizan en todas las acciones de su vida; pero las sesiones a donde acuden algunos hombres de buena voluntad, con el único propósito de evocar a los buenos espíritus, pidiéndole un consejo, esto, amigo mío, no perjudicará jamás ni a la doctrina espirita, ni a sus adeptos.

## II.

Muchos diálogos parecidos al que dejamos trasero, hemos sostenido repetidas veces con nuestros hermanos más o menos disidentes, y nosotros hemos seguido asistiendo a las sesiones; porque nunca nos cansa (gracias a Dios,) escuchar sanos y útiles consejos de los cuales tenemos todos bastante necesidad.

Nuestro carácter, (observador por excelencia,) no pierde ni el más leve detalle de cuanto nos rodea, y de este modo podemos apreciar mejor el pró y el contra, que todas las cosas tienen.

En la reunión a que asistimos hemos notado que domina la buena fe, pero no el fanatismo, y lo que más nos ha gustado es que nadie tiene afán de ser médium; antecedente muy bueno y que debe tenerse muy en cuenta, porque esto evita en mucha parte que los espíritus burlones se diviertan con nosotros y que los médiums falsifiquen su importante papel.

Muchas veces hemos oído decir a unos y a otros al concluirse la sesión. —Algun espíritu se apoderaba de mí, sentía una pesadez.... Otro exclamaba a mí me zumbaban los oídos. Aquel decía yo tenía unas ganas de hablar.... pero nada; firme me he sostenido alerta y no me he dejado dominar por ninguna influencia; y de este modo, en aquella espontánea resistencia se ve la base de la verdad.



Entre los resistentes á la mediumnidad habia un joven de carácter retraído y ensimismado, espiritista de razón, no de fenómenos, al que veíamos luchar con el magnetismo que lo dominaba durante las sesiones, hasta que, convencido él y cuantos le rodeaban de que una fuerza extraña absorbía todos sus sentidos, se dejó dominar, y es hoy un buen médium parlante; y así como no hay nada más repugnante que un médium falso, nada hay tampoco que más nos atraiga que un médium verdadero.

La comunicación ultra-terrena nos hace pensar tanto en Dios!

La vida se presenta ante nosotros tan dilatada, tan inmensa, tan infinita!

Nuestra pequeñez no nos asusta.

Nuestra miseria no nos agobia.

Nuestra soledad no nos martiriza.

Todo nos parece secundario ante el horizonte de la eternidad.

Y no nos parece más que la verdad; por que las comunicaciones nos dicen bien claramente, que los accidentes de nuestra vida terrena son *puntos suspensivos* de nuestra existencia, que tienen valor si se lo queremos dar. Mas dejemos digresiones y hablemos del médium parlante. Este, varias veces sirviendo de instrumento á los espíritus, nos ha dicho que si bien en nuestro pequeño círculo la ilustración falta, en cambio la buena fe sobra, y el amor rebosa; que siguiéramos por tan buen camino, porque inteligencias muy superiores á las nuestras vendrían á confundirse con nosotros para efectuar un enlace útil á todos.

Ellos nos darian su ciencia y nosotros les daríamos amor, perseverancia y fe.

La promesa se ha ido cumpliendo paulatinamente, y tenemos fundadas esperanzas de seguir progresando, porque el *bien* atrae al *bien*.

Ultimamente se comunicaron dos padres de la Iglesia, trasfigurando por completo al médium, especialmente el primero, que borró de su semblante la sonrisa amarga y melancólica que le es habitual.

Un gesto irónico contrajo sus labios, movió la cabeza con supremo desdén, y nos

miró con tan profundo desprecio, que se conocía que el médium servía de intérprete á un elevado personaje de la tierra, á una gran dignidad de la Iglesia, á un vicario del Señor, el que con acento claro y ademán airado nos dijo que le obligaban á venir entre nosotros, que éramos una caterva de imbéciles, porque queríamos usurparle su poder á la Iglesia, dejándonos llevar por la tendencia racionalista del presente siglo; pero que nuestro empeño era inútil, porque nunca había visto á un pordiosero ocupar la catedral del Espíritu Santo; á lo cual le contestó muy bien el director del Centro diciéndole: que Cristo, considerado como hombre, ¿qué había sido en el mundo? un pobre, y sin embargo ¿qué hizo aquel pobre?

Trasfigurar la sociedad.

Regenerar al hombre.

Poner la primera piedra de la moderna civilización.

Y los doce apóstoles ¿fueron potentados?

No; eran humildes pescadores, que con su fe y perseverante predicación defendieron la buena nueva y fué hecha la luz.

Ante tan sencillas y lógicas razones, el orgulloso prelado camaleón, pero pronto recobraba aliento y volvía de nuevo á repetir sus denuestos y sus imprecaciones, acusándonos de usurpadores, á lo que se le replicó diciéndole: que á los espiritistas no se les podía tachar nunca de usurpadores ambiciosos, puesto que nosotros no deseábamos dignidades, prebendas ni canongías; que no derrumbamos la Iglesia, que ella sola por sí se derrumbaba; y que si querían los sacerdotes escuchar las máximas del Evangelio, divulgadas últimamente por los espiritistas, que los padres de la Iglesia serian nuestros mentores, si practicaban en toda su pureza la divina ley de Dios; que el verdadero espiritista no quiere nada para sí, quiere únicamente que la fraternidad universal sea un hecho.

Quiere el adelanto, quiere el progreso, quiere la luz para todas las clases sociales sin distinción ni privilegio alguno, quiere que el hombre ame á Dios en espíritu y en verdad.

El prelado movía la cabeza, la dejaba caer sobre el pecho, movía los pies con impaciencia, nos miraba de nuevo y se sonreía con lástima (no sabemos si de él ó de nosotros) porque él es muy probable que se viera revestido con sus lujosas vestiduras sacerdotales, y que sintiera sobre su frente el peso de la mitra ó del capelo, y quién sabe si el de la tiara! Y al tener que entrar en discusión con un hombre pobre, sin estudios, sin ciencia alguna, (pero, que á pesar de todo, le decia la verdad,) ¡qué sensaciones tan diversas debía sentir aquel espíritu orgulloso y despótico, sensaciones que claramente las manifestaba el médium, el que nos miraba con amargo asombro, ora con benevolencia compasiva, y después, fruncia las cejas, prestaba atento oído á lo que sin duda le decían sus guías y murmuraba por lo bajo.

¿Qué es esto? ¿dónde estoy? lo mismo me dicen los de allá que los de aquí.

¿Qué personalidad es la mía? ¿Qué represento yo ahora?

¿Mi yo dónde está? ¿Cómo es que se ha debilitado la fuerza de mi potente voluntad? Y aquel hombre tan satisfecho de si mismo, se le veía mirar en todas direcciones, y en todas partes; sin duda encontraba abismos insondables donde se hundía su orgullo y su poderio, porque abrumado, asediado, fuera de si, exclamó con acento desesperado.

—Dejadme pensar, dejadme tiempo para estudiar este nuevo periodo de mi vida incomprendible para mi: y haciendo un brusco movimiento se separó del médium, que se despertó sintiendo un entumecimiento general, pesadez en la cabeza y reflejando su rostro el cansancio y el hastio más profundo.

¡Cuánto nos hizo pensar aquella comunicación!

Se comprendía que aquel espíritu estaba en un estado tan violento, tan verdaderamente contrariado, tan fuera de su círculo, que no podía convencerse que su humillación y su desencanto fueran una verdad.

Había vivido ciego, y al ver la luz se deslumbraba, sentía vivamente heridos los ojos de su conciencia, y se rebelaba contra el tormento de la luz.

### III.

Tratamos de distraer al médium, que no se daba cuenta de lo que le pasaba; y concluida la sesión, la conversacion se hizo general haciendo cada cual comentarios á su modo.

El médium escuchaba en silencio, y poco á poco su semblante cambió de espresion.

Sus labios contraídos se dilataron por una dulce sonrisa, su frente se desarrugó, y su pensamiento hubo de presentir algo agradable, puro y risueño: cruzó sus manos, y quedó concentrado dulcemente, parecía un niño entregado al sueño que sonreía mirando los ángeles.

Todos nos miramos, preguntándonos con nuestra mirada quien le habria puesto en tan buen estado.

Pronto salimos de dudas, porque el médium habló con una voz tan débil, tan suave y tan apagada, que, más que el acento de un hombre, parecía el murmullo de la brisa ó el eco perdido de música lejana.

El aleteo de una mosca se hubiera oído perfectamente, tan profunda era la atención que consagrábamos á aquel espíritu, que por vez primera, (según nos dijo) venía entre nosotros á darnos el parabien, por el buen deseo que nos animaba, de amar á Dios, poniendo en práctica el único mandamiento del evangelio que dice, ama á tu prójimo como á ti mismo.

Se extendió en notables consideraciones sobre el decaimiento de la iglesia, suscitado por sus orgullosos defensores, y lamentó con resignada amargura los desmanes que la vanidad habia producido.

Eucareció las ventajas de la instrucción; aconsejó principalmente el amor universal, y concluyó diciendo que todos podíamos ser felices si queríamos serlo: que él hacia muchos años que habia estado en la tierra, y que se habia creído completamente feliz, viéndose olvidado de todos; pero no de Dios.

Que él tambien habia sido un padre de la Iglesia, pero que nunca habia deseado las dignidades sacerdotales; que al pronunciar sus votos no habia pensado más que en adorar á Dios, practicando la ley del evangelio.

Que había celebrado su primera misa en la iglesia de una aldea, donde vivió toda su vida, amando á sus sencillos habitantes, tomando parte en sus penas y en sus alegrías, identificándose con ellos, viviendo en fin de su misma existencia, por lo cual conservaba de este planeta un tierno recuerdo.

¡Había vivido amando siendo amado!

Que se congratulaba al comunicarse con nosotros, pues le parecía que recobraba sus antiguos hábitos, y sus piadosas costumbres de hablar con los humildes de corazón, que tan gratos eran á los ojos de Dios.

Que siguiéramos activamente por tan buen camino, que no ambicionáramos ser sabios, sin ser antes buenos, y que no nos apuráramos si en esta existencia nuestro adelanto intelectual era limitado.

Que sintiendo el mal ageno, y tratando de consolarle, adelantábamos mucho más de lo que nos pudiéramos figurar, y que algunas inteligencias laboriosas se encargarian de hacernos comprender, (según nuestro adelanto) las maravillas de la creación.

Que nos amaba porque nos veía humildes y que, con íntima y profunda ternura, nos daba su fraternal bendición.

Aún nos parecía escuchar aquella voz dulcísima, cuando el médium despertándose tranquilamente, nos miró con alegre sorpresa al vernos tan meditabundos diciéndonos:

—¿Quién ha venido que me ha dejado de tan buen humor, tan contento y tan satisfecho?

—Un alma buena, le digimos nosotros. El cura de una aldea.

—El cura de una aldea: dijo el médium, pues yo aseguro que será un espíritu muy bueno, porque ha dejado en mí algo risueño, algo puro; me encuentro tan tranquilo, todo me sonríe, Dios se lo pague, que falta me hacía tranquilizarme; porque el otro santo padre, me dejó de una manera, que me hubiera desafiado con mi sombra; tal era el desasosiego y el despecho que experimentaba.

#### IV.

Dignas de estudio son las dos comunica-

ciones, porque son el fiel traslado de dos grandes sentimientos por los cuales han luchado, luchan y lucharán todos los hombres, muchos siglos todavía.

El orgullo y la humildad.

¡El pontífice iracundo; creyendo pequeño el mundo para dominar en él!

¡El cura de la aldea contentándose con ser el pastor de un pequeño rebaño!

¡El prelado nos llamaba imbéciles!

¡El cura de la aldea nos daba su fraternal bendición!

¡Qué diferencia!

Este violento contraste, nos ha inducido á consagrar algunas líneas á dos comunicaciones que nos han hecho reflexionar, y creemos cumplir con un deber, haciendo partícipes á nuestros hermanos de nuestras impresiones: y ya que desgraciadamente cuando damos á la prensa nuestros *Escos*, es más bien para denunciar amargamente algún abuso de credulidad y de formalismo ridículo, observado en varias reuniones espiritistas, cuando la Providencia pone en nuestros labios la miel sabrosa de la verdad, justo es, muy justo, que nos apresuremos á repetirla.

La comunicación ultra-terrena despojada de simples preguntas y de pueriles curiosidades, es el acto más trascendental que tiene el Espiritismo.

Cuando los espíritus se presentan espontáneamente, ó porque fuerzas superiores á las nuestras los atraen, y se entablan esos diálogos razonables en que se discuten gestos, sin gritos, sin convulsiones, sin dar á la escena un tinte cómico y grotesco, entonces no hay nada más digno de estudio que esa discusión espiritual, y deseáramos que hubiera muchos centros espiritistas donde se discutiera, donde la comunicación nos enseñara la práctica de todas las virtudes.

Adios, querido hermano; roguemos á Dios que el verdadero Espiritismo estienda sus ramas sobre la tierra, para que á su sombra germine en el mundo, la civilización universal.

*Amalia Domingo y Soler.*

## ¿POR QUÉ ESCRIBIMOS?

Un sentimiento vago de inquietud, descontento y alarma se hace sentir por todas partes.

Esa calma bienhechora bajo cuyo imperio se cultivan y estiran los vínculos de fraternidad y benevolencia, ya no se siente;

Los dictados de la prudencia y la moderación no se escuchan;

La divergencia en las ideas y la oposición en las creencias, son germen de odios y rencores;

La intolerancia asoma por donde quiera, y comienza á encender todas las pasiones;

En una palabra, los horizontes, ayer limpios y despejados, amenazan hoy tempestad: ya brillan á lo lejos los relámpagos, y á sus resplandores siniestros se ven palidecer las esperanzas de la patria!

Pero ¿por qué extrañar todo esto, cuando se vé que el principio moral se halla en completa relajación, y que el sentimiento religioso está profundamente pervertido?

Los principios tutelares del orden y la libertad se profanan por quienes dicen ser sus más celosos defensores;

Los caractéres más nobles, dominados por mezquinas pasiones, abdican de sus opiniones más firmes y sinceras;

La autoridad pública, lejos de ser considerada y obedecida, se la irrespeta, ultraja y desprecia;

Se hace alarde en nuestras instituciones de reconocer amplia y absolutamente los derechos de los individuos y de los pueblos; pero en la vida práctica tales derechos son incesante ó impunemente violados;

Nadie piensa en cumplir sus deberes. Nadie reflexiona que el hecho de vivir en sociedad, nos impone sujeciones y sacrificios continuos en bien de los demás y en el nuestro propio; por lo cual nadie procura dominar sus pasiones y dar una conveniente dirección á sus deseos.

Y la relajación llega á un punto tal, que la pureza en las costumbres es objeto de irrisión; la paciencia y el perdón de las ofensas son indignidad y cobardía; la dulzura, la

benevolencia y la humildad inspiran desprecio; la buena fe y la sinceridad se atribuyen á pobreza de espíritu, y el cumplimiento estricto del deber se apellida severidad y dureza.

El sentimiento religioso no se halla menos alterado.

En unos hombres la ambición de riquezas, los goces puramente carnales, los intereses materiales, dominan por completo su inteligencia y su corazón, y no atienden á la naturaleza de los medios empleados para la realización de tales deseos. Estos hombres, en medio de los placeres, adormecidos por las fruiciones de una vida sibarítica, no escuchan los ayes que el dolor de la desgracia afranca.... no ven las lágrimas de los desdichados, ni oyen la voz de los que á sus puertas piden un pan para alimentarse, ó un vestido para embriarse.... Pero, ¡qué mucho, si en la embriaguez de su razón, no se acuerdan del Ser infinito á quien deben la vida!

En otros, la falsa ciencia ha oscurecido su pensamiento, y audaces levantan la bandera del materialismo corruptor que niega la existencia del alma; del materialismo que desconoce á Dios y aniquila en consecuencia la base de toda esperanza, la fuente de todo consuelo para los que lloramos en este valle de miserias.

Y ¿cuántos hombres hay que reconocen á Dios, y lo adoran, y dicen que aman á su prójimo como á sí mismos se aman; y sin embargo, llevados por su celo religioso, abatematizan, odian y persiguen á quienes no piensan como ellos? ¿No se les oye predicar la guerra, y no se les ve lanzar á sus hermanos á lucha fratricida y sangrienta, en nombre del Dios de los ejércitos?...

Ah! esto se hace, sin duda porque se olvida que los discípulos de Jesús, cuya doctrina purísima se invoca, á nadie odiaron, á nadie persiguieron; fieles á la enseñanza de su Maestro, dieron al César lo que era del César, y á Dios lo que era de Dios; humildes, tolerantes y mansos, se limitaron á predicar el Evangelio por todos los ámbitos del mundo, y lo confirmaron con su ejemplo; esos

hombres heroicos, abrasados por las hogueras que el paganismo encendia, solo abrian sus labios para pronunciar palabras de perdón!.....

¡Oh doctrina sacrosanta!.... grande y sublime cuando en vez de servir de estandarte para la persecucion y el exterminio, sois el iris de paz y de bonanza que une a todos los hombres por el amor!.....

Cuando miramos el triste cuadro que la sociedad ofrece a nuestros ojos; cuando pensamos en el porvenir de la patria y en la futura suerte de nuestros pequeños hijos....

Oh! entonces se conturba nuestro espíritu y se acongoja nuestro corazón!....

Verdad es, nos decimos, que el imperio del bien es necesario, que las causas que lo producen obran siempre y son indestructibles,

—verdad es que la humanidad esta destinada a progresar indefinida y eternamente; pero no es menos cierto que ella camina lentamente,—que causas perturbadoras la detienen durante largos años, y que, no pocas veces, connotaciones terribles y sacrificios cruentos preceden a las conquistas de la civilizacion.

Qué hacer, pues?

¿No habrá remedio para tales males? ¿Estaremos condenados a luchar siempre en vano? No, no lo creemos.

Sin perder momento, debemos trabajar por el imperio de la justicia; debemos predicar la fortaleza en el cumplimiento del deber; difundir en todos los corazones la benevolencia, la caridad; la tolerancia y el amor, y, como fundamento de todo, vigorizar el sentimiento religioso, si, que en su esencia solo consiste en amar y adorar al Supremo Sér...

Reconocemos que nuestras fuerzas son insuficientes para empresa semejante; pero ¿cómo guardar silencio cuando ninguna voz se levanta, que sirva de centro de union a los hombres de buena voluntad; cuando sucede que los que creen dirigir sus esfuerzos hacia el bien, son tal vez quienes más distantes se hallan de él, porque ni la tolerancia, ni el amor son el lema de su bandera?

¿Cómo guardar silencio cuando la voz del

deber nos dice interiormente que luchemos amorosamente con las pasiones encontradas de nuestros hermanos; que trabajemos por su felicidad, por su engrandecimiento, por que debemos amarlos tanto como a nosotros mismos; que procuremos arrancar de su corazón el egoismo, los odios y todas las pasiones, para sembrar en su pecho la caridad, el amor, el perdón y todas las virtudes?

Nuestra misma debilidad nos inspira aliento; porque haciendo, como estamos dispuestos a hacer, todo cuanto en el sentido indicado esté a nuestro alcance, imitaremos en lo posible el sublime ejemplo de la vida del Evangelio: ella en su miseria dió muy poco al parecer; pero como dió cuanto tenia, superó a los ojos de Dios, con su pequeña ofrenda, la magnitud de las cuantiosas que se habian ofrecido.

*La Redaccion.*

(De *La Luz de Sion*).

## EL HOMBRE Y LA UNIDAD DE SU ESPECIE.

Un inmenso sudario de nieve envolvía el universo; ni un punto culminante, ni una depresión, ni el más mínimo detalle que permitiera descansar a la vista de aquella monotonía abrumadora, se extendía en la llanura sin límites. Aquí y allá se percibian algunos animales, gigantescos esfuerzos de un modo impuesta en la creacion, el *Mammoth*, el *Bosprimigenius*, el *Ursus spelæus*, abrigados por sus melanculas y gruesas pieles; defensa que la naturaleza les entregaba para resguardarse de aquella temperatura de hielo.

El mundo mismo se hallaba cambiado considerablemente en su forma; no era la España una península; ni el Sahara un desierto de arena, ni el Caspio un inmenso lago, ni el Atlántico separaba la Europa de la region soñada por Colón... nada de esto. El Caspio estaba convertido en golfo del Hiperboreo mar; el Aral vertia en él sus aguas; las columnas de Hércules estaban unidas entre sí

por una legua de tierra; el paso de Calais no existia; el estrecho de Messina no escuchaba tampoco las voces de Scila y de Caribdis; el Sahara se hallaba invadido por un mar, adelantándose y realizando antes el proyecto que hoy se agita, y entre la Europa y la América se alzaba otro mundo de maravillas, el mundo de que nos habla Platon en su *Times*, hundido en el abismo a la súbita aparicion de los gigantes de piedra, las montañas.

Mas hé aqui que un calor salido de las entrañas del globo deshace el hielo y lo liquida; todo cambia en la faz de la tierra: el viejo coronado de canas invoca un Dios desconocido, y vedle convertido en el joven Fausto, de Goethe, en el desnudo y delicioso Adan del *Diablo mundo*, de Espronceda. Sacude su melena blanca y esta se evapora entre los mares y deja lugar a una cabellera juvenil llena de savia y lozania. Las plantas, mustias hasta entonces, agobiadas bajo aquel manto de nieve, abren sus corolas y le inciensan y perfuman; la nieve se ha trocado en mansos arroyuelos y dilatados mares que susurran cánticos de alabanza; la tierra misma, llana hasta entonces, ha respirado con fuerza, y los inmensos glaciares se han desgarrado con ruidoso estrépito; sus blancas masas se han alzado hasta las nubes, y chocando, saltando, precipitándose, se han roto en mil pedazos, abriendo paso a las montañas, las colas capaces de desgarrar la inmensa sábana, surgiendo con sus coronadas cimas y abriendo nuevos horizontes al arte; en algunas de esas moles gigantes-cas y en su cúspide se ven todavía los despojos del vencido; en otras brota el fuego triunfador, y las llamas de los encendidos volcanes semejan las banderas con que el elemento ígneo pregonaba con orgullo su victoria.

Ha llegado el momento supremo, la hora sonó en el plan divino y el hombre apareció, débil, si, pero dominando con el fuego de su mirada la naturaleza entera. «Antes de él, en una tierra baja, casi todos los seres andaban con la cabeza inclinada hacia el suelo; de aqui se me figura deducir vagamente que

la fuerza que levantó los Alpes, los Pirineos, el Cáucaso, el Himalaya, obró tambien de una manera que es todavia incomprendible para mí sobre ese sér nuevo y le marcó con un tipo nuevo, la estacion recta. Creo tambien sentir que debió hacer y producirse primero en alguna meseta desde donde veia encima de sí una region montañosa que atraía sus miradas hacia lugares más altos, y le obligaba así a levantar la cabeza hasta encontrar el cielo. No, el hombre no podía nacer y formarse en la playa llana del mar jurásico, hecha para los reptiles; tampoco podía aparecer en la isla carbonífera, ni en las impenetrables malezas de la primera selva terciaria, donde se perdian los cuadrúpedos y por donde se deslizaban los monos conservando una actitud oblicua. En los hábitos de su cuerpo reconozco su cuna: esa cuna fué un alto escañó, abierto en la ladera de las montañas que acababan de surgir y desde donde vé los continentes desplegados en torno suyo y las cumbres que le brindan a hollarlas bajo sus piés. Al escalar una roca escarpada el hombre se encontró naturalmente de pié y vió el cielo por la vez primera; aún hoy está en la actitud de un sér a quien un primer movimiento impele adelante hacia los lugares altos. Está derecho, va, sube; tal es el sello que desde un principio le fué impreso para siempre.» (1)

De una sola ojeada comprendió el hombre todo su destino. Tuvo que luchar y luchó: lucha con el hambre, lucha con la sed, lucha con el frio, lucha con el calor, con los animales, con la oscuridad, con el espacio, con el tiempo, con el movimiento, con sus semejantes, con las tinieblas de su razon, con la naturaleza entera y consigo mismo; lucha con todo. Y de conquista en conquista, de progreso en progreso, de etapa en etapa, de civilizacion en civilizacion rompe una y otra vez los estrechos moldes en que intenta vaciarse, é impresa en su alma la idea de lo infinito, se apodera de ella y lucha por realizarla.

(1) Edger Quinet: *La Creacion*.



Hoy se llama Nemrod, y abate la fiera; mañana Prometeo, y roba el fuego al cielo para erigirle un altar en el hogar de su vivienda; otro día Osiris, ó Dagon, ó Chinnong, poco importa; é inventa el arado que desgarrá las entrañas de la tierra para fecundarla; otro día roba sus alas á la eternidad y la fija en el tiempo; se llama Gutenberg, y fija la palabra que desde entonces resuena en el universo por débil que del lábio salga; se llama Flavio Gioja, y descubre la brújula; se llama Colón, y descubre el Nuevo-Mundo; se llama Gregory, y con el telescopio en la mano nos muestra las tierras del cielo; se llama Franklin, y detiene el rayo; se llama Francisco Salvá, y fija ese rayo en un alambre y por él se comunica con la humanidad entera; se llama Blasco de Garray, y aprisiona el agua en la caldera é inventa el barco de vapor, que luego Wat y Sefchenson trasforman en el wagon que cruza las montañas y los valles con la rapidez del huracán. Y el hombre encerrado primero en el estrecho círculo de sí mismo, se encuentra en su corazón un fondo desconocido, el amor, á cuyo calor brota la familia; rómpese el círculo de la familia para formar la tribu, la tribu se convierte en nacionalidad y el hombre adquiere una nueva madre, la patria; y aún no contento, aún creyendo pequeño el amor de la patria, aún juzgando estrecha la esfera de la nacionalidad para ejercitar su potencia de acción, extiende carinoso sus brazos donde quiera y suena la hora de confundirse todos en una sola aspiración, en un solo deseo, en un solo amor, en un solo trabajo; y desaparecen las antipatías de pueblos, de razas, de nacionalidades, y el bien y la felicidad de cada uno es el bien y la felicidad de todos, y en el corazón de cada individuo late el corazón de la *humanidad*, fórmula suprema y última del amor del hombre, de la esfera de la actividad humana.

## II.

Magnífico, grandioso es el cuadro que la historia del hombre presenta á nuestros ojos;

siempre en lucha y victorioso siempre. Solo conspirando todos á una misma obra; solo caminando todos á un mismo fin, solo confundiendo todos nuestros deseos en un común deseo, nuestros gritos en un solo grito, es como se comprende esa redeucion continua de la materia por el hombre, esa constante reaccion del hombre sobre la naturaleza y sobre su misma finitud. Y vencemos siempre, porque nuestros esfuerzos forman un solo esfuerzo de potencia irresistible; y triunfamos siempre, porque siempre aunados nos batimos, y alcanzamos siempre la victoria; porque sumisos siempre á la voz de un solo jefe, la Razon, todo se humilla á nuestro paso, y el tiempo siempre nos sonríe, porque todos nos auxiliamos, porque todos contribuimos á la grande obra; porque nuestras fuerzas se centuplican ante los obstáculos, y hacemos todo esto, porque un solo aliento nos anima, porque una misma sangre circula por nuestras venas, porque una misma llama enciende nuestro pensamiento, porque una misma mano nos encerró en su seno, porque todos somos hombres! porque todos somos hermanos! *¡Amaos los unos á los otros!* Sublimes palabras del mártir del Gólgota, que son el compendio de la creacion, el resumen de todas nuestras obras, la síntesis de nuestras acciones, la epopeya de nuestras luchas, la fórmula del progreso, el símbolo de la humanidad.

¡Si mil veces si todos somos hombres! todos somos hermanos! Desde el hombre de las teocracias orientales hasta el del ateísmo politeísta de la Grecia; desde el demócrata ateniense al aristócrata espartano, desde el monarca de derecho divino hasta el ciudadano de nuestros días. Todos tenemos un origen común, una comun madre, llamadla como queráis, que poco importa. No ha existido en el tiempo, desde la aurora de los siglos, desde la oscura prehistoria hasta nuestros días un ser hermano en cuyo corazón no exista la llama divina del amor. No ha existido en el espacio desde las tribus esquimales que vegetan entre los témpanos del Norte con una noche de seis meses, hasta las tribus ribereñas del Sahara, ese mar de are-

na agitado, por el soplo del *Sinoun*, que abrasadas por los rayos de un sol canicular se agostan tempranamente, un hombre cuyo cerebro no albergue un pensamiento.

¡El hombre es el mismo, siempre y donde quiera! En la India brahmánica ó védica, con sus metafísicas concepciones, sus poemas y sus desgraciados *sudras*, producto de una odiosa legislación de castas, como en el Egipto Sacerdotal, con sus pirámides, su Nilo, sus juicios de los muertos; en la Persia, monárquica hasta el delirio, con sus *caturs* y *asgares*, su religión dualista, su legislación zoroástrica; en el Celeste imperio, con sus invenciones y su apego al aislamiento, como en la Palestina, teocrática por excelencia, con su Jehová, sus profetas, sus instituciones mosaicas; en la Grecia artística, como en la Roma conquistadora; entre los bárbaros que duermen el sueño de la ignorancia aquende y allende el Cáucaso; entre las tribus beduinas que aguardan ansiosas el paso del peregrino musulmán, como en el imperio de los Jucas y en el de los Moctezumas; en la libre Inglaterra, en la cosmopolita Helvecia, en la reconstituida nacionalidad germánica, en los modernos Estados-Unidos, que desde la salvaje América nos dan ejemplo dejándonos atrás en la senda de la civilización y del progreso, como en la Colonia del Cabo, como en las Stepas de la Siberia, como en los papuas de la Vecchina, como en los bosques de la república Argentina.

¡El hombre es el mismo, siempre y donde quiera! Registra las tradiciones de pueblos tan distantes entre sí como los indios y los escandinavos, de tan diversas costumbres como los otaitianos y los persas, de tan diversos caracteres como los tibetanos y los austrálios y en ellas veréis resplandecer la conformidad más completa en las creencias teológicas y cosmogómicas. Analizad, escudriñad, comparad las diversas lenguas y en ellas encontraréis la mayor semejanza, en ellas encontraréis sorprendentes analogías que llevarán á vuestro ánimo la más profunda convicción de que todas ellas son formas progresivas de un tipo primitivo, cuyos res-

tos se ha repartido la humanidad desarrollándolos, amoldándolos á sus necesidades, imprimiéndoles el sello de su carácter y de las condiciones anteriores de su existencia. Examinad por otra parte la distribución geográfica de las razas, preguntadlas por su cuna primera, y el hallar que los del Este la refieren al Ocaso, las del Mediodía al Norte y recíprocamente, prolongad las líneas que marcan esas direcciones, y al verlas converger en un centro común de irradiación, la cuna de la humanidad, habreis resuelto el problema.

¡El hombre es el mismo en todo lugar y en todo tiempo! No hay diferencia esencial entre unos y otros. Todos sentimos, queremos, pensamos y hablamos: todos poseemos la inteligencia y la palabra, atributos de nuestra soberanía sobre la creación. ¡Bah! ¿qué importa, después de todo, una variante en el color, que unos grados más ó menos en la abertura del ángulo facial, que unos centímetros más ó menos en la longitud del cabello, que la colocación horizontal ú oblicua de los párpados, que una ligera variación en el lugar que ocupa el agujero occipital? Nada absolutamente. ¡Singular y más que extravagante empeño de discusión la que muestran algunos sabios al querer fundar en tan pobre base el edificio de las diferencias humanas, al querer fundar en tan menguados argumentos la teoría de la pluralidad de especies... ¿y en qué ocasión? cuando al fin la humanidad conoce el salvador principio del sublime martir y proclama con todas las fuerzas de su alma la fraternidad universal. ¡Vano empeño de discusión! En el corazón del árabe nómada, como en el del europeo sedentario, brota el divino fuego del amor; en la mente del esquimal como en la del tibetano hierve la aspiración sublime al infinito; en la conciencia del hombre de la edad de piedra como en la del alemán de nuestros días, se hallan impresas con imborrables caracteres las ideas de lo bueno, de lo bello, de lo justo, y unos y otros las realizan por medio de la ciencia, del arte, de la religión, del derecho, de la industria, de las mil y una manifestaciones de la activi-

dad humana, siempre en evolucion, de las mil y una manifestaciones del trabajo, redentor de la humanidad; castigo y premio del hombre.

FERNANDO ARAUJO.

(De *El Eco del Tormes*.)

## VARIETADES

Con motivo de haberse ocupado el célebre canónigo D. Vicente Manterola, desde el púlpito de una de las iglesias de Madrid, en el examen y crítica del Espiritismo; nuestro amigo el Vizconde de Torres-Solanot le ha dirigido desde las columnas de *El Globo*, la carta que á continuación transcribimos, introduccion á una serie de artículos de polémica que han empezado ya á publicarse en el citado periódico. Dice así la espresada carta:

Sr. D. Vicente Manterola.

Muy señor mio: Al saber que su elocuente y autorizada voz se habia ocupado y seguiria ocupándose del Espiritismo desde el púlpito de la pequeña iglesia de San Antonio del Prado, con motivo de la fiesta religiosa del «Mes de Maria», me he apresurado á ir á escuchar con atencion los sermones de uno de nuestros primeros oradores sagrados.

Era un deber del cargo que ejerzo de presidente del «Centro general del Espiritismo en España», y me proponia dos objetos: 1.º, ver si su inspirada palabra era capaz de convencerme de que estaba en el error, para aljurarle; 2.º, hacer pública, por medio de la prensa, mi aljuracion en aquel caso; y en el contrario, que era el más probable, invitarle á discutir.

Acabo de salir de la iglesia de San Antonio, pero vuestro elocuente y razonado discurso, lejos de alejarme del Espiritismo, que hace muchos años estudio y propago, me ha afirmado en la creencia racional y consoladora que, como impetuoso torrente, está invadiendo las naciones cultas de ambos continentes, y especialmente la España; hasta tal punto, que son muchos los oradores y escritores católicos que han creído necesario intentar atajar los progresos de la doctrina espiritista, ya desde el púlpito, ya en discusion oral, ó por escrito.

Me atrevo, pues, á invitarle á Vd. en este último terreno, á debatir sobre los que Vd. afirma que son errores y yo sostengo y confieso como verdades, proporcionándole así ocasion de que sus argumentos en contra se estiendan algo más que al reducido círculo de un angosto templo, y alcancen más publicidad las poderosas y autorizadas razones de una de nuestras lumbreras teológicas, frente á las que pueda oponerle un humilde soldado de la fé racional, la fé del porvenir, encerrada en el Espiritismo.

Dispense esta libertad, en gracia del objeto que la motiva, al que se ofrece de Vd. S. S. y atento adversario filosófico, que S. M. B.

EL VIZCONDE DE TORRES-SOLANOT.

Madrid, 13 de Mayo de 1877.

Pero, no es el Sr. Vizconde el único adversario que le ha salido al canónigo Manterola. Un presbítero de combate toma cartas en el asunto; y sin encomendarse á Dios ni al diablo, en quien, como nosotros, no cree, dispara, tambien desde las columnas de *El Globo*, contra las doctrinas del insigne predicador, el siguiente remitido:

Sr. Director de EL GLOBO.

Muy señor mio y de toda mi consideracion;

Mi ilustre compañero el Sr. D. Vicente Manterola viene ocupando hace algunas tardes, con motivo de la fiesta que en el mes de las rosas consagra la Iglesia católica á la más bella y más pura de cuantas florecieron en la tierra, á la Inmaculada Virgen Maria, la cátedra del Espiritu Santo en la iglesia de San Antonio del Prado. Con frase galana y castiza, y con diction fácil, clara y serena, combatió la primera tarde la obra impia de Ernesto Renan; y la segunda, las erróneas doctrinas espiritistas que sustentan el llamado Allan Kardec, Flammarion, Victor Hugo y otros soñadores de la misma estofa. (1)

Landabilísimo es el propósito del Sr. Manterola, pero es el caso, Sr. Director, que al combatir semejantes ideas, utópias las segundas, é iniquidad la primera, vertió algunos conceptos que, si no salieran de labios de un sacerdote de tal claridad de razon, y de virtud tan probada, pudieran calificarse, no ya de *lapsus*, sino de verdaderas heregias. (2)

(1) Lenguaje de sacristia.

(2) Lógica de nuevo cuño. Los errores en labios de un sacerdote ilustrado, *lapsus*; en boca de un ignorante, *heregias*.

El que esto escribe molestando la atención de V. y del público, y llamando la de la autoridad eclesiástica, es el más humilde discípulo de las lumbreras de catolicismo que se llaman el conde de Montalembert, el P. Gratry, monseñor Dupanloup y el inolvidable arzobispo Darbois, muerto alevosamente á manos de la demagogia desenfrenada, cuando los horrores de la *Commune*. Yo he subido muchas veces al púlpito, y aunque los divinos resplandores no han inspirado nunca mi razón con el brillo que la del P. Manterola, nunca hubiera osado afirmar como dicho señor lo ha hecho, la existencia del diablo, y que no perjudica la creencia en la pluralidad de mundos habitados para ser buen católico, apostólico romano.

De sobra sé yo (1) que el catolicismo, conforme se explicaba no há muchos meses á ciertas gentes en ciertas montañas, de cuyos nombres no quiero acordarme, tenía por esencia el diablo, y tampoco ignoro que por ese hilo diabólico sacarse pudiera el ovillo de todo lo que han hecho por aquellas asperezas algunos, más que cristianos, verdaderos monstruos infernales; pero ¡ah, señor Manterola! la doctrina ortodoxa, la doctrina teológica, la doctrina de los Santos Padres, la doctrina evangélica, la doctrina de esos esclarecidos varones que se llaman en los cinco primeros siglos de la Iglesia San Justino y San Agustín, y en la Edad Media San Anselmo de Cantorbery y Santo Tomás de Aquino; la doctrina, en una palabra, que profesamos con nuestro Santísimo Padre Pio IX los que estamos dentro del *Syllabus*, pero sin olvidar que *in omnia charitas*, es la de que no existe el diablo desde que dijo el Divino Redentor *consummata est*. No hay diablo, P. Manterola, y justamente la obra de la Santa Madre Iglesia, ha sido, es y será, concluir con los errores, con la holgura que le proporcionó su Esposo después de haber enterado á Satan al pié de la Cruz, sin lo cual prevalecerían las puertas del infierno, y conducir por el camino llano á los desterrados en este valle de lágrimas á la vida eterna.

En el infierno está el sufrimiento dentro de cada condenado; cada uno es allí eternamente su propio verdugo, dijo San Bernardo; «restos de la obra del demonio dentro de nosotros son los que nos tientan con el mundo *et mulier*,»—y no la carne,—añade en otro pasaje aceptado por

los teólogos más escrupulosos. No hay diablo, y como la predicación de lo contrario pudiera conducir por el camino de ciertas deducciones á ciertos hechos que han hecho execrables (1) los nombres de algunos curas, he ahí por que yo, á pesar de estar cierto de la fe del P. Manterola, debo escribir esta refutación en un diario de bastante publicidad para que llegue á oídos de los sencillos oyentes de sus pláticas,—que no sermones,—en San Antonio del Prado.

Pero no es eso lo más grave, si no que el P. Manterola, transigiendo con los libra-pensadores que antes cité, dice que las creencias católicas no se oponen á las que afirman estar habitados otros planetas. ¿No podría creerse, si esto se dijera por persona menos respetable, que era esto una dedada de miel á los demagogos?

No, no; mil, un millón de veces no: la pluralidad de mundos habitados es incompatible á todas luces con el dogma del juicio final, (2); como lo cree y lo confiesa el catolicismo romano.

Ni una palabra más, Sr. Director. Encomiendo á la benevolencia de Vd. la inserción de estos mal pergeñados renglones, correctivo único que hoy me es dado oponer á unas ideas vertidas desde el púlpito con la mejor intención, pero que conducen, la peregrina del diablo, la cruel guerra civil, la de los mundos habitados, á los delirios de la Internacional.

Soy de Vd. con el respeto debido servidor y capellán Q. B. S. M., Bernardino P. Izcoiquiz

Nosotros levantando acta del comunicado que dejamos trascrito, diremos: que según la opinión del magistral de Vitoria, pueden los católicos aceptar sin escrúpulo la pluralidad de mundos habitados, y negar, con la autoridad del presbítero Izcoiquiz, la existencia del diablo, piedra angular, según el mismo reverendo, del catolicismo carlista montañés.

(De El Bata Sculito.)

(1) No hay peor cuña que la de la misma madera.

(2) Lo dice un cura.

(1) Y nosotros también.

## IR AL CIELO.

Dime, santo Tomás (1) "qué es ir al cielo?"

— Ir al cielo es morir, tender las alas  
Del alma pura, trasponer los astros,  
Y navegar en golfos de luz candida.

Ver surgir en el fondo del espacio  
Una ciudad flotante, ciudad santa,  
Digna de ser por Dios, por los querubes,  
Por los santos y justos habitada.

Ciudad con altos muros de topacio  
Y gigantescas puertas de esmeralda,  
Que giran armoniosas por si solas  
Al descubrir un alma salvada.

Ver obeliscos de brillantes perlas,  
Galerías de zafiros colgadas,  
Pórticos de rubis, arcos triunfales  
Fabricados de soles que se enlazan,  
Y al infinito retumbando fulgidos  
A través del espacio se levantan.

Contemplar amenísimos jardines  
Extendidos al pie de las murallas  
Y regados por ondas cristalinas,  
Que desde el monte del Eterno bajan  
Dando vida a los lirios y a los cédros  
Y frescura y perfumes a las auras,  
Mientras rosada luz, perpétuo día,  
Como rocío celestial derrama.

Gozar y ver gozar el Paraíso  
A los que merecieron dicha tanta  
Combatiendo, cual Hércules con fieras,  
Con las pasiones de la arcilla humana.

Ver a Noé, ser justo, que reposa  
Al pie de un simulacro de su barca;  
Al augusto Moisés de cuya frente  
Surgen dos rayos, cuya lengua barba  
Cubre revuelta el venerable pecho,  
Y en cuyos ojos la brillante llama  
Del divino espíritu fulgura,  
Iluminando las marmóreas tablas;  
Al formidable Elías sobre un carro  
Como el lucero que precede el alba;  
Al resignado Job a quien le brota  
Una rosa de luz por cada llaga;  
Al sublime David, rey de cantores,  
Al magno Salomón, rey de monarcas;  
A Esteban, Sebastian, Lorenzo, mártires,  
A Felicitas y Perpétua, santas

(1) Santo Tomás de Aquino que en su *Suma Teológica* dice, que en los elegidos habrá muerto la compasión.

Que de Cartago en la sangrienta arena  
Conquistaron intrépidas la palma.

Ver infinitos círculos inmensos  
De ángeles blancos cuyas áureas alas  
Plumas sedosas agitando suaves  
Olas de luz y de perfumes lanzan,  
Y cuyas manos sobre el casto pecho  
De cruz en forma mística descansan,  
O hiriendo cuerdas de oro dulces sonos  
Hacen brotar de las ebúrneas arpas,  
Mientras los abrasados querubines  
Ocultan el semblante bajo el ala,  
Porque la ardiente luz que Dios despiden  
Les derritiera las pupilas diáfanas.

Ver, por último, a Dios en un abismo  
De centellante lumbré no creada,  
Cual explosión de rayos producida  
Por mil soles soberbios que lucharan.  
Y al batir de las alas luminosas,  
Cuyo rumor en las celestes auras  
Va a confundirse con los dulces sonos  
Que desprenden las cítaras sagradas,  
Y la armoniosa vibración solemne  
Que despiden los mundos en su marcha;  
Al respirar los deliciosos aires  
Impregnados de luz y de fragancia;  
Al contemplar las rosas celestiales  
Que se toman más frescas, más lozanas  
Cuanto más el contacto de las sienes  
De las esposas del Señor alcanzan;  
En medio de los golfos de ventura  
Y de placer en que navega el alma  
Que mereció las dichas eternas,  
Arrojar con desden una mirada  
Al abismo infernal, profundo y negro  
De donde salen mugidoras llamas  
De matices violáceos, que lamen  
Sin devorar a las precitas almas.

Y al ver los sufrimientos del infierno,  
Redoblar en el cielo dichas tantas;  
Al espantoso rechinar de dientes,  
Responder con alegres carcajadas  
Y felices canciones, apagando  
Los gritos del dolor con los Hosannas.

Y así un año, y un siglo, y en fin toda  
¡Toda una eternidad sin sentir lástima!  
Esto, vate mortal, es ir al cielo;  
Reza mucho; disponte a la jornada.

Con que el cielo es paraje delicioso  
Donde se borra la afección terrena  
Y se desatan amorosos lazos?  
Do el corazón que palpita en presencia

Del infortunio y la fatal desgracia,  
No latirá ya más, trocado en piedra?  
Con que en la gloria el egoísta, pecho  
Oye por siempre las horribles quejas  
Sin moverse á piedad, antes dichoso  
En piélagos de júbilo se anega?  
Y este júbilo crece cada instante  
Y cada instante el alma compenetra  
Al contemplar la insoportable suerte  
De los que gimen en la noche eterna  
Donde pudiera hallarse, sumergida  
En lo profundo de la llama horrenda  
La que fué nuestra madre, ó nuestra esposa,  
O nuestros hijos, adoradas prendas?

Y al grito de dolor inexplicable  
Que del hijo lanzara el alma tierna  
Contestara con cánticos de triunfo?  
Y al levantar la que mi madre fuera  
Su venerada faz, negra del fuego,  
Le escupiría mi brutal fiereza,  
Cubriendo de ponzoña aquella boca  
Que me cubrió, con ósculos, de nectar?  
Oh Señor! qué habrás hecho de nosotros  
Para volvernos tan horribles fieras?  
Qué milagro fatal habrá secado  
Todo lo santo en nuestras almas buenas?

Con que al entrar en la Salem divina  
Tendremos que dejarnos á las puertas  
El corazón sensible, despedirnos  
De esa triste y hermosa compañera  
Llamada Compasión, y entrar desnudos  
De caridad en la celeste esfera?

Oh Señor! oh Señor! Y ese es tu cielo?  
Guarda tu cielo pues, para quien tenga  
Valor de entrar en él; yo no le tengo;  
Me hicistes débil para tal empresa!

Ah! no, séres amados; yo os adoro;  
No renuncio á vosotros; vano fuera  
Prometerme mil glorias; mil infiernos  
Los creyera mi amor en vuestra ausencia,  
Mientras que mil infiernos horrorosos  
Con vosotros allí, mi gloria fueran!

No, mis amigos; no, mis adorados  
Hermanos, madre, esposa; el alma tierna  
Con efusión, con entusiasmo os ama,  
Y arderá siempre en tan sagrada hoguera.  
Extravíais, cometed un crimen;  
Mi pecho llorará vuestra flaqueza;  
Pero arrancar mi amor, aborreceros,  
Gozar en vuestro mal? ¡Mentira horrenda!

Si al caminar por el estrecho puente  
De la existencia misera, cayérais

Al abismo sin fondo, de dó salen  
Pálidas llamas y tupidas nieblas,  
Tuviera yo valor para dejaros  
En el fuego y la noche sempiterna?  
Nunca lo hiciera, si me fueran dadas  
De Universos sin fin las aureas riendas!  
Antes aleteando el alma nua  
Al borde mismo de la sima negra,  
Como tierna avecilla, que sus hijos  
Vé devorar en la riscosa cueva  
Por dragon escamoso, yo clamara  
Y de espanto y dolor me debatiera.  
Y si entoncés llegaba á mis oídos  
Eco feliz de la divina fiesta,  
De impetuosa indignación ardiendo  
Subiera al cielo cual veloz saeta,  
Y arrancando de manos de los ángeles  
Las arpas de marfil mi rabia ciega,  
Las estrellara con estruendo, y á ellos  
Con rápidas palabras les dijera:  
«¡Cantaís, cantaís y los abismos lloran!  
¡Mármoles sois; pulverizaos, piedras!  
Y asiéndome despues á una columna  
De jaspe y oro, con pujanza extrema,  
Nuevo Sansón, el cielo derribara  
Y en sus escombros sepultado fuera!

...Pero no! nó es tú cielo; Bondad Suma  
Este que el fanatismo nos presenta;  
Tu cielo es bueno y en el átrio suyo  
Sumisa el alma mia se prosterna!

(Se continuará.)

Salvador Selles.

## LAS DOS HERMANAS.

—¡Hermana!

—¿Quién me ha llamado?

—Tu hermana.

—¿Serás la muerte?

—No, soy yo, que vengo á verte.

—¿En dónde estás?

—A tu lado.

—Junto á mí... ¡no puede ser!

—¿Por qué?

—¡Has muerto!

—¿Qué es morir?

—No sé...

—Morir es dormir.

—¿Y despertar?

—Renacer.





ó como he dicho del absoluto bien, donde se refleja la noble aspiracion del hombre, sin otro fin particular, donde el egoismo no luche, ni la soberbia oprima, ni el odio amenace, ni la pasion juzgue, entre la sombra, el perjuicio y el trastorno del semejante: porque, entendedlo bien, la politica, la religion, la sociedad actualmente, no es otra cosa, que egoismo, soberbia, odio, pasion y venganza; y este anatema es el espectro de la imperfeccion y de la impureza, que es de todo punto necesario para que la humanidad abra los ojos á la luz y halle en medio de tanto cieno, en medio de tanta desventura, un término á sus afanes, una verdad y un consuelo á su dolorido corazon; y este bien y este consuelo no ha de ser otro, que poner término en la abnegacion fundada en ultteriores esperanzas, en esperanzas del espacio, en el amor fundado, en la verdad de su espiritu, que es para el amor y para la caridad; en el sacrificio, que sublima el espiritu; y por último, en la conviccion de su destino, procurando que sus pasos se dirijan hacia Dios envuelto en el torbellino de una eternidad y de una eterna sabiduria.

La religion que oprime no es religion; la politica que oprime no es politica; la sociedad egoista no es más que un caos, un trastorno, una lamentacion infinita. La religion ha de tener por base la felicidad de los pueblos; y la sociedad ha de tener igualmente por base, el sagrado de la ley, lo respetuoso de su ministerio, equidad, igualdad. Sin estas bases el imperio de la religion será el imperio de las sombras, del mal; el imperio de la politica la tirania; el imperio de la sociedad, el escarnio de la Ley, el egoismo, la infamia y la iniquidad; cada hombre por sí siente en el fondo de su conciencia, halla en el hermoso luminar de su espiritu, la belleza de estas tres imágenes, la incomparable trinidad de estas ideas, imágenes que, á medida que el espiritu se perfecciona, modela con más elegancia y esbeltez, hasta que en el trascurso de los siglos en el porvenir de las futuras generaciones las dará el hombre á luz para erigirle un templo y representarlo como la apoteosis de la civilizacion y del progreso. La humana concepcion de esta teologia, divina, religion, politica y sociedad.

Continuaré.

Médium P.

No es posible describir con exactitud la filosofia espiritista, porque es infinita en sus consideraciones, infinita en sus problemas é infinita en

relacion á cada espíritu, que tiende sus alas por el espacio en la mision de su sabiduria; de su virtud y de su perfeccion, y así como el Oceano en un dia de calma retrata la limpidez del cielo y copia la inmensidad que en su cristal se mira, así el espíritu retrata en su capacidad intelectual la inteligencia y halla todo lo que las pasiones, las inclinaciones y su virtud le mueven á proseguir su marcha por el infinito. El espíritu es cuanto piensa y reflexiona, cuanto le induce á creer su preocupacion y su fanatismo ó cuanto su sabiduria y elevacion le ha enseñado. Aterra el miedo; la cobardia, la timidez están al lado del infierno y de sus eternas llamas, horribles panoramas que con espasmos hallan los espíritus débiles. La luz, la armonia; la naturaleza con todos sus encantos, realidades son que contempla absorto el espíritu filosófico; la estension, el infinito, sus horizontes, la vida más llena, también son contemplaciones magnificas de los espíritus bienaventurados; grandezas y miserias, dichas y llantos, gloria é infierno; esto es el cuadro que presenta la vida de ultra-tumba, sin que haya límites que separen estos antros de horror y estos espacios de luz; porque cada espíritu segun las creencias alimentadas en la tierra, lleva en su mente todo cuanto es susceptible de impresionarle al bien ó al mal, á la tranquilidad ó á la desesperacion más horrenda.

El Espiritismo resume todas las creencias, todas las religiones de la vida, todos los pensamientos humanos, y cuanto de espiritismo se os diga podreis acogerlo como una particularidad del espíritu que se comunique, así como entre vosotros tienen ideas distintas, contrarias del yo y de sus respectivos atributos. Así en el espacio la filosofia de la vida tiene sus sistemas, sus hipótesis, sus dudas, todo lo relativo, porque lo absoluto precisamente será conquista única de los espíritus puros. La realidad es lo absoluto y la realidad moral y material está lejos de todos nosotros, del espíritu y del hombre. Dirigid una mirada en derredor vuestro; fijad vuestra atencion en cualquier objeto, y hallareis que todos no os encontráis en el mismo grado de observacion, porque vuestros ojos ó agrandan el objeto ó le empequeñecen, esto en lo material; en cuanto á lo moral, la nocion de justicia no es igual para todos los hombres, ni de la libertad, ni del derecho. Los puntos que os parecen más fáciles en filosofia, dan lugar á eternas discusiones. ¡Cuánto trabajo, cuánto cansancio, qué difícil es la marcha del espíritu, por cuántos abrojos tiene

que pasar para llegar al fin que se propone! ¿Habeis caminado alguna vez por estenso y dilatado llano, habeis visto la cúspide del campanario que creiais alcanzar á los doscientos pasos que os faltaban, segun os parecia, para llegar á él, y habeis recorrido doscientos, ochocientos, mil y siempre quedándoos algo mas que andar, fatigándoos el engaño y llenando vuestra alma la zozobra, próximo el sol á hundirse y sorprenderos la noche en el desierto, oscura, fria, horrible, sin esperanza de refugio, y espuestos al fragor de la desencadenada tormenta? Cuántos espíritus caminan fatigados de verse tan lejos de la cúspide que desean alcanzar...!

El Espiritismo es un caos; el Espiritismo lo resumió todo, ciencia, religion, sociedad y porvenir. Todo está unido, encadenado, compacto, indisoluble; el hombre en muchos siglos no podrá armonizar esta ciencia en sus detalles; solo por generalidades podrá formar un estenso cuerpo de doctrina, porque el campo que ha de recorrer es inmenso y hay que eslabonar seres y cosas, fluidos y cuerpos.

El hombre muere y comienza la infancia de este mundo, que desconoce por completo; el espíritu comienza los primeros rudimentos de esa vida, llega á la pubertad, á la virilidad, á la senectud y muere para nacer á la vida de los mundos y para poner en práctica las leyes de esta república universal; porque no lo dudeis, aquí existe una ley tácita, el inferior es siempre el esclavo del superior, pero de una esclavitud propia del respeto que inspira el espíritu circundado de su aureola. La ley es una para cada espíritu, sugeto está á miles de leyes secundarias como el sol vivifica á los mundos con su luz y esparce la vida é infunde su benéfico calor. La vida de relacion es infinita. La naturaleza es infinita, el campo infinito y en medio de tanta grandeza se entrevé el espíritu de Dios, que reverbera en las ondas de luz y en las vibraciones del éter, ya que por doquier se halla, en todo palpita y en el infinito se presiente poderoso en su eternidad, en su amor y en su sabiduría.

El Espiritismo es un caos, repito, pero un caos insondable, en su profundidad intelectual. No podeis ahondar en vuestro mundo el firmamento, que es la region de la materia ¿cómo podeis ahondar el firmamento de la inteligencia, que es la region privilegiada de la vida? Cuanto los espíritus os digan, os comuniquen, todo es de relacion; puede ser tambien por induccion, por hipótesis, porque los espíritus tienen sus siste-

mas, sus filosofías variías en el conocimiento de Dios.

Hace poco tiempo vine á este mundo con mis ideas espiritistas; con ánimo sereno y levantado, invadí el espacio inundado de luz y salpicado de grandezas, pero al entrar y estar en contacto con los espíritus y la naturaleza que me rodeaba, consideré la inferioridad de mis ideas en la tierra, porque jamás la imaginacion del hombre puede llegar á la realidad que aquí le sorprende.

Llegué á este mundo, y mi primer encuentro fué la comunicacion y manifestacion de los espíritus queridos que se anticiparon á mi venida; la celeridad de sus pensamientos transmitidos, la efusion de la ternura en la expresion espiritual, la vida animada por el deseo del bien, la atencion al estudio de la naturaleza, la vibracion de los fluidos, la jamás interrumpida funcion de la naturaleza, la avalancha de los espíritus inferiores en el aire, en las nubes, en la elaboracion, en la cristalizacion; la poblacion infinita por todas partes de seres iguales y semejantes, á mi unidos por el afán de idéntico destino, de igual mision y de semejantes aspiraciones, aún me parece un delirio cuanto veo; aún me parece un sueño; hacer eterno un dia de luz, corriendo con más celeridad que la luz, para inundarme de ella, si tal es mi propia voluntad.

Cuántos encantos, cuánta dicha, cuánta felicidad no depara la vida de ultra-tumba para aquellos que dejaron la envoltura que les cubria sin haber causado ningun dolor, ni haber hecho derramar ninguna lágrima de desesperacion y sin haber dado motivo para maldecirles! Desdichados los que siembran el odio en ese mundo, porque ellos recogerán aquí una cosecha de remordimientos y de penas. Los espíritus que supieron amar, bendecir y acariciar con dulzura y dejar tras si una huella de deliciosos recuerdos, se verán remunerados con los dones y bienaventuranzas en esta vida de apacible descanso; porque entendedlo bien, quien supo cumplir su mision en ese mundo de espiacion y de prueba, á su llegada á ultra-tumba encuentra como el pobre caminante acosado de sed, de hambre y de fatiga, agua con que mitigar su sed, sabroso alimento con qué satisfacer su apetito, y mullido lecho para reparar sus perdidas fuerzas, en un trono de oro y de púrpura como las preciosas nubes de filigrana que recaman el sol al ponerse en un dia de calma y de plácida ventura...!

El Espiritismo es la gran filosofía, pero no

vayáis más allá que lo que vuestra mente puede concebir; no deducéis sino lo que naturalmente surge de vuestra imaginación, y tened por bien entendido, que aún los mayores disparates caben en los espíritus; porque si vienen del grosero rudimentalismo pueden en los primeros días de su inteligencia errar y desviarse del criterio claro y lúcido para perderse en el laberinto del delirio y de la alucinación de la vida.

### MISCELANEA.

Hemos experimentado una verdadera satisfacción al recibir la visita de *La Luz de Sion*, nuevo periódico espiritista que acaba de ver la luz pública en Bogotá (América del Sur) y cuya importante publicación ha establecido el cambio con nuestra *Revista*.

Este nuevo y esforzado defensor del espiritismo, que tanto bien puede hacer al difundir la ley de la verdad en aquellas apartadas regiones, es digno de alabanza, no tan solo por el elevado criterio con que está escrito, si que también por el espíritu evangélico de que se encuentran saturadas todas sus páginas.

El artículo *¿Por qué escribimos?* que insertamos en el lugar correspondiente de nuestra *Revista*, y que es el primero de dicha publicación, dará á nuestros lectores una idea de lo que dejamos consignado.

Se ha publicado ya la primera entrega (192 páginas en 4.º) de la importantísima obra del doctor Felix Bouhassir, *Tratado de la impotencia y de la esterilidad en el hombre y en la mujer*, que con tanto acierto y cuidado ha traducido el Dr. en la Facultad de Medicina de la Universidad Central, D. Francisco Santana y Villanueva, cuya obra recomendamos á nuestros suscritores.

Las siguientes líneas son del *Diario de Barcelona*, publicadas en el número correspondiente al día 23 del pasado Abril:

«Si no estuviera demostrado el frenesí de propagar desde el púlpito ideas absurdas y reaccionarias y exaltar los ánimos de ciertas gentes sencillas y más que esto ignorantes, lo demostraría de una manera incontestable el sermón que el reverendo Padre Marqués pronunció el sábado en la Iglesia de Santos Justo y Pastor.

Entre muchas cosas de hulto dijo, en tono profético, el reverendo Marqués: «Que el Papa vive en su reducido Vaticano preso y con grilletes.» Que era preciso á todo trance libertar al representante de Jesucristo sobre la tierra, y para ello si es preciso puedo contar con vuestro apoyo moral y material! ¡Si, si! respondió la gente, allí congregada. Repitióse la pregunta alguna vez mas y fué contestada siempre afirmativamente. Falsear la verdad, exaltar los ánimos de las gentes de pocos alcances, escarnecer la casa del Dios de paz y amor, ¿es esta la misión de los que se consagran al ministerio de la predicación?»

### FE DE ERRATAS

DE LA POESIA A los buenos Espíritus.

Décima 21.ª, verso 1.º, dice:

Te quiero de una manera.

Léase:

Te quieren de una manera.

Verso 2.º, dice:

Tan grande y apasionada.

Léase:

Tan grande y apasionada.

Décima 33, verso 5.º, dice:

Y el zángano que no zumba.

Léase:

No sea el zángano que zumba.

Décima 31, dice verso 6.º

Tiendan sus manos de flores.

Léase:

Tiendan sus mantos de flores.

### CORRESPONDENCIA DE LA ADMINISTRACION.

Sr. D. J. M. G.—Almansa.—Recibido el importe de las ocho suscripciones.

Sr. D. J. C.—Alcoy.—Id. id. tres id.

Sr. D. D. P.—Petrel.—Id. id. de su suscripción.

Sr. D. P. S.—Id.—Id. id. id.

Sr. D. E. P.—Santa Cruz de Tenerife.—Id. id. id.

Sr. D. H. V.—Carcubion.—Id. id. id.

Sr. D. B. B.—Valencia.—Id. id. id.

Sr. D. C. F.—Murcia.—Id. id. id.

Sr. D. A. S.—Torremanzanas.—Id. id. id.

G. R.—Lijona.—Id. id. id.

C. E.—Id.—Id. id. id.

Sr. D. F. M.—Id.—Id. id. medio año id.

Sr. D. R. S.—Id.—Id. id. id.

### ALICANTE:

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO

de Costa y Mira.

SAN FRANCISCO, 28.